siniestra. Entonces Enrique retrocedió, con el cabello erizado, lleno de terror y de piedad, en tanto que, como hablando consigo mismo, ó más bien dirigiéndose á aquel Cristo en cruz, en el delirio de una confesión desesperada.

—¡Estoy maldita, maldita!—repetía la madre.—Yo lo he pedido, yo lo he reclamado, he llamado la expiación, pero sobre mí, sobre mi alma de pecadora, no sobre tí, Enrique, no sobre tu padre..... ¡Ah! ¡miserable! ¿El crimen es, pues, imperdonable? ¿No es posible obtener el perdón después de tantas súplicas y tantas lágrimas? ¿Vos, Señor, Dios mío, os mostráis sordo y sois tan implacable conmigo? ¡Él, él! él está aquí, él ha vuelto. Me ha amenazado como en otro tiempo, como siempre, si no le daba dinero, con revelarlo todo, con decirlo todo á tu padre..... ¡A tu padre, oyes Enrique! ¡A tu padre que se muere! ¡Y yo no podía arrojarle de casa! ¡Y yo tenía miedo en su presencia, yo temblaba, yo temblaba..... yo temblaba.

Un gran grito, un grito de cólera feroz, un grito de Enrique, respondió á aquella terrible confesión:

—¡Madre mía! ¿Es de Monerol de quien hablais?

Al oirlo, como vuelta en sí, de pronto, como curada de la locura que la había exaltado, desfigurado todavía su rostro, y trémulos los labios, Genoveva quedó delante de su hijo fría, inmóvil, como muda, mirando frente á frente á Enrique, con su frialdad impasible.

—¿Es Monerol el que ha estado aquí? ¿Os

amenazaba? ¿A vos? ¿Con qué derecho? Pero responded, respondedme enseguida.

—Monerol..... Sí, Monerol.

Los labios de la madre se agitaban balbuceando:

—¿Qué es lo que he dicho?..... ¿Quién te ha hablado de Monerol?..... No he visto á Monerol, no conozco á ese Monerol.

La idea de la mentira, causándole una repentina indignación, un súbito disgusto, hizo que se volviera hacia su Dios como hacia un juez; sus afligidos ojos imploraban como desde el fondo de la desesperación, alguna piedad. Hubiera querido callarse porque tenía miedo que sus palabras fuesen como las declaraciones casi completas que acababan de escaparse de sus labios. Ella temblaba delante de Enrique, y él, aterrado, presintiendo que una gran desgracia se cernía sobre ellos, alguna cosa sombría, en la que Monerol tenía participación, interrogaba y estrechaba á su madre, la suplicaba, como dando órdenes, viendo que cuanto él más insistía más ella temblaba de espanto, y diciéndola por lo bajo, repitiéndola que si un peligro la amenazaba, él estaba allí; él, su hijo, para defenderla.....

Quería saber, lo quería á toda costa, y, sin embargo, temía alguna revelación aterradora. Estrechada y apurada—habiendo dicho Monerol que volvería al día siguiente—Genoveva, instintivamente, se dejaba ir á refugiarse en aquel apoyo que le ofrecía su hijo. Además iba perdiendo fuerza en ella el secreto que se había impuesto. Sus labios, habitualmente sellados, querían lanzar gritos de confesión, con el deseo de la humillación y

de la penitencia. Juzgaba que aquella nueva prueba—su hijo amenazado de muerte y queriendo morir—surgiendo de pronto, más atroz que ninguna otra, no era más que el castigo de una falta oculta, de una mentira sostenida mucho tiempo, la expiación de un pasado imperdonable. Arrodillándose delante de su hijo, suplicándole que no muriese, mirando unas veces á Enrique, vivo retrato de Roquevert, y otras la imagen del Dios sacrificado, como poniendo á Cristo por testigo de su humillación y sacrificio, la anciana mujer se acusaba, se golpeaba el pecho, se mesaba sus grises cabellos, se llamaba miserable, y aterrada de ver que la suerte le trataba como pecadora culpable y sin perdón, condenada á sufrir la expiación, no obstante sus muchas flagelaciones morales y sus lágrimas ardientes, quería, anhelaba, que el perdón viniese de Enrique como el auxilio que iba á prestarle.

Entonces, como si la tierra se moviese bajo sus pies, Enrique sintió que vacilaba al oir brotar, entre suspiros dolorosamente lanzados, una confesión trágica, interrumpida por roncos sollozos en la que toda una existencia llena de espanto, afligida por los remordimientos, desgarrada por el continuo temor, se ponía al descubierto, haciendo retroceder atemorizado á aquel hijo que, como si clavasen un puñal en su corazón, recibía la terrible declaración de su madre.

¡Monerol! ¡aquel repugnante Monerol, aquel sér envilecido y siniestro! ¡Monerol había sido amado por Genoveva! Peor que esto, en otra época, cuando el tío Pesquidoux se trajo á su sobrina á París,

Monerol, insinuándose con la profunda habilidad del corrompido y la audacia del canalla, acostumbrado á triunfar fácilmente, en la amistad, en la ignorancia de la pobre muchacha, arrojada en pleno París como en un mundo desconocido en absoluto, había conseguido interesar á aquella niña, á quien un cumplimiento, una sencilla galantería hacía ruborizar, y á quien una mirada sostenida del cómico, fija en sus ojos azules, hacía estremecer como influída por un encanto penoso. Ella no tenía á su lado persona alguna que la protegiese, ni siquiera que la advirtiese. Todavía estaba dolorosamente aturdida por la desgracia que la había dejado huérfana. No sabía nada de la vida, y sobre todo de lo que en ella se encierra de indigno. Sólo conocía el llanto que causan las separaciones eternas. En aquellos momentos Monerol, rodeándola con galanterías de teatro, con la dorada miel de sus palabras, de una especie de atmósfera trastornadora que daba miedo á la joven, hizo que se sintiese como arrastrada por una seducción rara y dañosa, cuyo atractivo quería sacudir, ávida de recobrar la paz de su corazón y la tranquila honradez de sus pensamientos.

¡Ah, si cerca de ella hubiese tenido un amigo, un guía! Con el tío Pesquidoux no contaba. Ni se hubiese atrevido á confesarle sus secretos.

¿Por qué no conoció entonces á Roquevert? Roquevert era el honor, la sinceridad, todo lo que ella había soñado, venerado y querido..... Y Roquevert no había de mezclarse en su vida hasta más tarde, ¡demasiado tarde, por desgracia!..... Monerol se le imponía ya. Monerol, cansado ya de

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

un sitio que se prolongaba mucho, quería precipitar el desenlace.

En último caso, entraba en sus cálculos casarse con la sobrina de Pesquidoux y ponerse al frente del *Café Pericles*. En parte por la seducción y en parte por la violencia se hizo dueño de Genoveva. Ella se entregó; pero para sentir en seguida el más terrible de los despechos y la ira más cruel. Ella que le amaba casi el día anterior, al siguiente le aborrecía para siempre, con un odio profundo, hijo de su desprecio y de su tortura indignada. No se daba cuenta de la infamia de aquel hombre; hasta se juzgó tan infame como él, caída, envilecida, perdida. Su primer impulso fué buscar la muerte. Pero era ya creyente y se detuvo ante el suicidio. Aquello era un crimen. Además, la expiación, aquella expiación continuada evidentemente desde la hora triste de la caída hasta entonces mismo, sólo podría conseguirla viviendo. Sí, su vida entera la dedicaría á castigarse. Si hubiese sido libre, hubiera entrado en un convento para entregarse á sus mortificaciones, desapareciendo del mundo, sepultando sus remordimientos en la tumba de un claustro. Pero el tío Pesquidoux estaba allí.

Y además.....

Como esos mártires que se clavan afilados guijarros en el pecho y martirizan sus carnes durmiendo sobre las piedras del camino, así ella, relatando sus ocultos sufrimientos, aquella existencia retraída, sellada hasta entonces como el testamento moral de un sér que no existe ya, experimentaba una intensa y punzante voluptuosidad,

cuyo horrible dolor parecía el reflejo de una amarga alegría.

¡Y además llevaba en su seno una criatura próxima á nacer!.... ¡Un hijo, una niña!

Enrique se estremeció.

¡Una inocente! ¿Cómo nació? ¿De qué manera, con que voluntad tan enérgica, aquella tímida joven, venida de Perigueux hacía poco, logró ocultar á todo el mundo el nacimiento de su hija? Para esto tuvo un valor desesperado, dominando todas sus torturas. Después de nacer la niña, Monerol se la llevó, la depositó en una casa de campo en las cercanías de la Villette. Genoveva iba pocas veces á ver á su hija. Por la noche, en el silencio apacible de su cuartito, se entretenía en coserla gorritos y abrigos, y su consuelo era llevarle esto á la pequeñita que, desde su cuna, miraba sin conocerla á aquella mujer pálida y fatigada que era su madre. Por entonces era cuando el tío Pesquidoux, viéndola marchita y fatigada, la comparaba á «un sol que palidecía.» Un día, Monerol, cansado de la vida de París y lleno de deudas, según decía, sintió la tentación de ir al Nuevo Mundo en busca de fortuna. La atmósfera de París le asfixiaba. Su destino en el teatro se lo usurpaban gentes *inútiles* que *echaban á perder* los papeles que representaban. Quería marcharse. ¿Sólo? No. Llevaría á su hija, decía. Era dueño de ella. La declaración extendida en la alcaldía del Faubourg Saint-Martin le daba todos los derechos sobre ella. A decir verdad, se preocupaba poca cosa de la niña, pero sabía que por ella tenía sujeta á Genoveva, y lo que él quería de Genoveva era el

dinero. ¡Oh! el importe de su pasaje y el de los gastos de instalación para los primeros días de permanencia en New-York era únicamente lo que pedía. No era ambicioso. Pero esto lo pedía, lo exigía. Tenía una manera de hablar á Genoveva que la hacía temblar de vergüenza. Sentirse dominada por aquel hombre, forzada á obedecerle, á merced de una palabra, de una confidencia de Monerol, era ya un castigo.

Marchándose solo Monerol, Genoveva podía, sin embargo (¿quién sabe? algunas veces las mujeres saben rebelarse), negarle lo que él pidiese. Pero si se llevaba á la pequeñita, la madre no rehusaría nada á su hija. Hé aquí por qué el cómico quería llevarse consigo á la niña. Al pronto hubo una resistencia enérgica por parte de la madre; pero luego le pareció que así hasta desaparecía la prueba misma de la caída, y sobre todo que la niña tendría con su padre una vida menos furtiva y menos miserable..... Además, Monerol mandaba.

El se proponía, segun decía, que su hija fuese «su consuelo en el destierro.» Él trabajaría para ella, la daría educación, y puesto que Genoveva le aborrecía y le despreciaba, ya no oiría hablar más de él. La idea de que Monerol iba á desaparecer, á desaparecer quizá para siempre, la aliviaba de un gran peso. Cara compraba aquella partida, puesto que la pagaba con la separación de su hija, pero por lo menos la espantosa realidad huía con aquel hombre. El amor repugnante de Monerol no era ya para ella más que un sueño molesto. Ella accedió á todo; cogió de un cofrecillo los cuatro mil francos que le dejara su padre y

se los entregó al cómico gozosa de verse libre de él.

¡Cuatro mil francos! ¡Qué diablo, con aquello Monerol encontraría allá una fortuna! Desapareció, pero sin llevar consigo á su hija (Genoveva ignoraba esto), depositándola furtivamente, sin dar el nombre, conservando sólo las señas necesarias para poderla encontrar un día si le pasaba por la imaginación, en casa de los Cauchois.

Luego desapareció como si hubiese caído en una sima.

Genoveva no volvió á oír hablar de él. Experimentaba una sensación rara. Le parecía que nada de lo que había sido causa de su vergüenza era verdad. Se creía tan pura como lo era cuando salió de Perigueux, donde yacía Pesquidoux. Sólo pensaba en la aparición de Monerol como en una pesadilla pasada, en la niña de la cuna como en una visión fugaz de color de rosa. Ya no temblaba humillada y con el corazón oprimido, más que cuando, por casualidad, en un oculto rincón de su cuarto de soltera, encontraba las últimas almillas, el gorrito á medio hacer que ella bordaba para la niña y que conservaba como un rico tesoro depositando en él sus besos y llorando cuando se encontraba á solas.

Estas humildes reliquias no se separaron nunca de ella. ¡Era todo lo que le quedaba de aquella que Monerol se había llevado tan lejos, tan lejos!.....

Después, en medio de aquella existencia triste y abatida, en la melancólica soledad de Genoveva que si conocía la vida era por haber sufrido en ella, apareció Santiago. Roquevert se le había pre-

sentado como un justiciero que persigue á un cobarde; y en el antipático personaje del drama á quien castigaba el gran artista en el «Almivar», de Dumas, cuando mataba á «Enrique Muller» por salvar á «Angela», Genoveva le parecía ver nuevamente á Monerol, el seductor vil y cobarde, aplastado por un hombre digno. Y en esta ocasión el amor, el amor verdadero se apoderó del corazón de la joven, atraída hacia Santiago por corrientes poderosas, pero detenida por aquel espantoso recuerdo de Monerol. ¡Ah, cómo corrían entonces sus lágrimas! ¡Qué crisis tan siniestras, qué amarguras y qué sufrimientos ocultos para todos en la soledad de su cuarto! ¡Cuánto hubiera dado por borrar su pasado, por hacerlo desaparecer! Bien conocía que Roquevert la amaba; pero cuanto más digno lo consideraba de ser amado, menos se creía ella digna de él. ¡Miserable mujer cuya vida estaba para siempre lacerada! ¡Más miserable aún aquel Monerol que había hecho de ella, inconsciente y en la inocencia todavía, una criatura perdida sin que en su falta hubiera sentido más que la indignación y el odio!

Enrique sabía que Roquevert se había casado con Genoveva por puro amor. Pero ella quería, suplicante, hacer comprender á su hijo el por qué había consentido ella en ser la mujer de Santiago. Porque le amaba entrañablemente. Ella era para él el porvenir risueño; se consideraba bastante fuerte, bastante segura de sí misma para proporcionarle aquella apacible y eterna dicha que él ambicionaba, los consuelos que diariamente le eran precisos en la más enervante de las existencias. Una negativa rotunda y sin explicaciones le hubiese

llenado de pesadumbre ¡Desgraciadamente, ¡ay! ella no tenía ni la fuerza necesaria para sacrificarse diciendo *no*, ni el valor de herirle para siempre, mortalmente quizá, revelándole el pasado. Se preguntaba si tenía derecho para mentir, y si no sería más cruel todavía diciendo la verdad. Se pagaba también de sofismas, de los sofismas de aquellos á quienes la pasión arrastra y que pretenden hallar razones para sus debilidades y sus silencios. Además amaba á Roquevert, le amaba tan vivamente y tan santamente como él mismo la pudiese querer. Cuando él la decía: «Vos sois para mí la dicha completa», por lo bajo pensaba ella: «¡Lo sé y lo siento!» Ella se juraba pagarle con su sumisión de esclava el afecto que él la consagraba. ¿Pero por qué ante un amor como aquel, ante una pasión tan enérgica y tan sincera como la que sentía Santiago, Genoveva no había tenido la lealtad y el valor de hacer entonces la confesión que hoy hacía después de tantos años? ¡Ah! es que tenía miedo al desprecio y la retirada de Roquevert. Si él hubiera perdonado..... ¿Pero si en vez de esto hubiese desaparecido? ¿Si, caído su ídolo del pedestal, le hubiera abandonado al verlo en el suelo? Esta idea había hecho estremecer de miedo á la pobre Genoveva, y repitiéndose que pagaría su deuda con un amor sin límites que le consagraría por entero, que borraría su mentira por la adhesión inquebrantable de toda la vida, había accedido á escuchar á aquel hombre que suplicaba, que ofrecía su glorioso nombre como si solicitara una gracia, y no habiéndose atrevido á hablar cuando de ello era tiempo, había dejado acumular

sobre su silencio la larga sucesión de los años, viendo en toda desgracia una pena que se le imponía, pidiendo perdón á Dios de su callado crimen, y redoblando la austeridad de su piedad severa á medida que sus remordimientos aumentaban, porque el pecado parecía crecer al alejarse de aquella juventud, de la que ella deseara borrar la atroz mancilla aun á costa de los más inhumanos sacrificios.

Y nada se había borrado, puesto que el miedo de una catástrofe se presentaba ante ella, puesto que el Cielo había querido que ella misma, imprudente y locamente, entregara á Felipe Marcy el secreto de Sabina, poniendo así á su hijo ante la espada de un amigo ultrajado. Con el espíritu abatido y la imaginación preocupada por una sola idea, Genoveva se exaltaba con terror creciente. ¡Maldita! ¡estaba maldita! ¡Y aquel Monerol, que nuevamente había venido ya como en otro tiempo á pedir, á reclamar dinero, amezando promover un escándalo si Genoveva lo rehusaba!..... Monerol, que volvería mañana, tal vez aquella tarde, y que —no teniendo Genoveva que darle—trataría de llegar si era preciso hasta el mismo Roquevert moribundo..... Monerol la castigaría, no descargando sobre ella el golpe, sino hiriendo con él á Santiago en lo profundo del alma con la revelación de aquel vergonzoso pasado.....

Enrique, anonadado por las brutales y siniestras revelaciones que había escuchado hasta aquel momento, se levantó bruscamente al oir las últimas palabras de Genoveva.

—¿Ha dicho eso, ese bandido?

La madre miró á su hijo y la pareció que entre Monerol y ella iba á interponerse entonces una inquebrantable fortaleza.

—¿El lo ha dicho? ¡Pues bien, que venga, yo le esperaré!

—Enrique, Enrique, tú me defenderás, ¿no es verdad?—dijo Genoveva con el temblor de una mujer que se ve aislada y que tiene miedo.

Enrique cogió entre sus robustas manos las temblorosas y frías de Mme. Roquevert.

—Soy vuestro hijo, madre mía—exclamó con dolorosa efusión, exaltada por aquel sufrimiento ante el cual procuraba mantenerse tranquilo.

—Mi hijo!

Ella esperaba su cólera, temía un silencio cruel, y se aproximó á su hijo, como arrodillándose ante él. Enrique la levantó rápidamente, la atrajo hacia sí con fuerza, estrechando contra su pecho á aquella mujer impasible hacía poco y á quien el dolor destrozaba ahora y hacía débil como un niño. Y sosteniendo aquella cabeza pálida que ocultaba la mirada temiendo la de Enrique, depositó en ella un beso ardiente, reteniendo sus lágrimas, reteniendo sus gritos, ahogando sus lamentos, pero torturado como jamás lo había estado en su vida.

Y ella, suplicante, en voz baja, asustada:

—¿Luego, tú me perdonas, tú me perdonas?—preguntó.

—¿Acaso tengo el derecho de juzgaros? ¡Yo os venero, madre mía! ¡Yo os amo!

—¡Ah, Enrique!—dijo ella en un grito desgarrador—¡díme que no te batirás! ¡Dímelo!.....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡Yo seré maldita, mira, maldita y condenada, si tú te bates! ¿No te batirás, verdad? ¡Te dejarías matar! Júrame.....

Enrique no contestaba.

—¿Qué importa ese duelo?—dijo al fin.—Vos y yo sólo debemos pensar en mi padre. ¡Es preciso que ese hombre no llegue hasta él! Hay que arreglarse de modo que mi padre no sepa nada.

Miró casi severamente á Genoveva repitiendo, como quien da órdenes:

—¡Nada, nada, nada se le dirá!

—Que muera como ha vivido: confiado—añadió Enrique.

La frente de su madre se inclinó como bajo el peso de una sentencia.

Genoveva no se atrevió á seguir hablando de aquel duelo, de aquel error que, coincidiendo con el miedo que le habían causado las amenazas de Monerol, la llevaron, enloquecida de aquel modo, á confiar á Enrique el secreto de tantos años.

Monerol, después de haber desaparecido, se presentaba de nuevo, con cínica audacia, y verdaderamente peligroso. Había devorado lo que Genoveva le había arrojado la primera vez que aquél se presentó en la plaza Dancourt, como se echa un hueso á un perro que amenaza. En tanto que Monerol pudo derrochar á través de París aquel dinero que sacaba de los bolsillos de su viejo y sucio traje, mientras pudo pasear, en el *far niente* de su orgullo, sus grandes actitudes histriónicas, no queriendo matar, como él decía, una de sus *gallinas de los huevos de oro* (Elena era la otra), había dejado á Genoveva en la soledad de su terror, temblando de ver reaparecer aquel espectro con la mano extendida, tanto más temblorosa cuanto que, de una sola vez, había dado todas sus economías, todo lo que destinaba para los cubrealtares y los cálices de Saint-Clement y para los cirios que alumbraban al gran Cristo gótico de Nôtre-Dame. Pero el tiempo pasaba y el dinero se escurría fácilmente por los dedos de Monerol. No habiendo encontrado ajuste, el cómico de la legua se pasaba los días en el café, jugando cantidades considerables con sus camaradas ó con los negociantes del barrio, echándoselas de personaje por las tardes, é invitando á comer á sus antiguos compañeros, á quienes contaba sus amores. Luego, conociendo que sus fondos se iban acabando, Monerol se propuso recurrir al filón, á aquel filón más seguro que el de las Californias: á Genoveva asustada.

En dos palabras, había dicho hacía poco, á ésta que su hija no existía, sin que en el rostro de Genoveva se notase la más ligera contracción, como si desde mucho tiempo antes hubiera ofrecido á Dios este dolor en castigo de sus culpas. Entonces se proponía producir *otro efecto*. Revelaría á Genoveva que Elena vivía.

—Espero que ésta no se quejará de mis importunidades—decía refiriéndose á su hija.—No he vuelto á poner los pies en su casa. Esto vendrá después.

El conocía el Código, el Código que, en este caso estaba en su favor. Artículo 341 del Código civil: «*¡Se admite la reclamación de la maternidad!*» Y se sonreía, pasándose los dedos por los labios, que

despedían el olor del ajenjo. «*El hijo que reclame á su madre necesita probar que es el mismo que aquélla diera á luz. No se admitirá esta prueba por testigos hasta que exista por escrito un principio de prueba.*» *Libro* I, *tít.* III.

—Qué elocuentes son estos diablos de artículos —decía riendo Monerol.—Mucha prosa he recitado en mi vida, pero la mejor era burda al lado de ésta. ¿Pruebas? ¡Las hay preciosas! Los documentos antiguos, los Cauchois, la pequeña y el testimonio de Monerol. Si la señora Roquevert no se aviene, tanto peor para ella, ¡está cogida!

Verdaderamente en el fondo de aquel hombre había una perversidad terrible. Otro cualquiera hubiese temido irse derecho á Roquevert, como á meterse en la boca del lobo. Él especulaba con aquella audacia. No temía la cólera del marido, al contrario, la llamaba. Sacaba partido de los medios de que disponía para intimidar á Genoveva. Monerol sabía además que Roquevert estaba enfermo, muy enfermo, según se decía en los círculos de actores. ¡Tanto mejor! Genoveva temería más. Mayor sería su interés en evitar que él llegara hasta su marido. Y en cuanto á Enrique, que podía ser un peligro para Monerol, la desgraciada tenía evidentemente tanto interés en ocultarle el pasado como al mismo Roquevert.

—¡Vamos, vamos!—se decía—¡el filón de la madre todavía puede sostener á un hombre!

La acción vil, la táctica de Monerol tenía también un nombre repugnante como la misma cobardía: *explotación del secreto.* Esta frase le hizo reir mucho.

Tenía anunciado á Genoveva que volvería al día siguiente de aquel en que Enrique escuchó aterrado las crueles confidencias de su madre. Hombre de palabra, Monerol preguntaba al día siguiente por la señora Roquevert á Susana, que no se movía de la entrada de la casita de la plaza Dancourt—alrededor de la cual tenía Enrique, desde la víspera, organizado como un cordón sanitario, para que á su padre no llegase una palabra, una carta, un periódico, nada que pudiese enterarle de lo que pasaba

—Mme. Roquevert ó M. Roquevert—dijo bruscamente Monerol.

Susana, que desde un principio le había mirado con repulsión, le dirigió una mirada afligida en la que él no reparó.

—¿M. Roquevert?—dijo la vieja.—Está muy grave desde anoche.

—¡Ah, bah!

—Una crisis terrible..... de pronto..... El médico acaba de salir..... Ha prohibido el menor ruido y la más ligera emoción.

—¡Ah!—replicó Monerol.—Bueno, ¡veré á la señora!

—Dudo que la señora.....

—Anunciad á Monerol—dijo él con altanería.

Susana hizo que esperase en una habitación que precedía al comedor. Murmurando contra aquel sospechoso, que tan frecuentemente se presentaba, la criada fué á prevenir á la señora.

Monerol, con el sombrero puesto, apoyado en el bastón, examinaba los bronces, las porcelanas, todo lo que le rodeaba, moviendo sus ojos vidriosos, alterados por un principio ó más bien por una

continua borrachera y despidiendo de todo su cuerpo un olor insufrible de alcohol.

No esperó mucho tiempo.

Apareció un hombre, extremadamente pálido, que se fué hacia él con viveza, aproximándose y preguntándole con tono seco:

—¿Queréis hablar á mi madre?

Monerol, á pesar de los vapores del vino que tenía subidos á la cabeza, comprendió muy distintamente, desde la primera palabra, por el tono en que le había dirigido la pregunta, que el joven que estaba delante era un enemigo.

Pero poco acostumbrado á que nada le asustase, quiso sonreir.

—Sí, señor—dijo levantando su cara abotagada y surcada de líneas rojizas..

—Mi madre está arriba. Pero vos no la veréis ya—dijo Enrique con voz de acero.—Mi madre os ha recibido por piedad, y según me ha dicho, os ha dado una limosna. Pero mi madre no os conoce, no sabe quién sois—y recalcaba estas palabras—y debéis volveros al momento por la puerta que habéis entrado. Aquí ya no hay entrada para vos.

Monerol dejó caer una mirada fría, poniendo de relieve el rictus de sus gruesos y húmedos labios.

El cómico de la legua pasó su mano derecha, atusándose el cabello, por encima de la oreja, y adoptando el tono fiero de un Duque de Guisa cuando responde á la provocación de Saint-Megrin:

—¡Dispensad, dispensad! No he entendido bien..... ¿La señora, vuestra madre, no conoce á Monerol?

Dando un paso atrás, naturalmente, Monerol

había hecho pasar su grueso bastón de la mano izquierda á la derecha y se quedó en guardia descaradamente.

—¿Es así?—dijo.—En hora buena. Lo comprendo todo. ¡Se hacen los orgullosos! Pero por más que Monerol sea tan pobre, todavía tiene en su mano vuestra reputación, y si le obligáis.....

Pero aquella amenaza, que como una baba envenenada encerraba todo el odio del cómico sin talento y envidioso, aquel insulto no acabó de salir de sus labios. Enrique puso sus dos manos sobre las de aquel vago, sujetándole y apretándole como con unas tenazas, mientras en voz baja, con la mirada encendida de cólera penetrando en los inyectados ojos de Monerol, le decía:

—Vais á salir de aquí al momento. Vais á callaros, á desaparecer, á desaparecer para siempre si no queréis que os arrastre y os estrangule como á un perro.

Monerol estaba horriblemente lívido.

Todavía quiso balbucear y gritar.

—Nada de ruido—dijo Enrique, que mostraba una cólera implacable.—¡Ni una palabra! ¡Mi padre se muere! ¡Ya sé que es á él á quien buscabais! ¡Sois tan infame y cobarde que lo mataríais con una palabra. ¡Marcháos, canalla!

Y de un empujón brusco, irresistible, haciendo retroceder á Monerol que se mantenía tieso, pretendiendo luchar contra los dedos de hierro del joven, clavados en su carne fofa, Enrique arrojó hacia el comedor al cómico, que quería protestar y dar gritos, aunque la voz no salía de su garganta. Lo empujó hasta la puerta de la calle, que abrió

con un violento esfuerzo, sin dejarlo de la mano, despreciando los juramentos de cólera y amenaza que profería, lo hizo rodar por la escalera del jardinillo, cerrando con fuerza la puerta tras de él como quien arroja á un vagabundo. Al levantarse, magullado de la arena del jardín, Monerol miró á la puerta enseñando sus puños en són de amenaza.

Hubo un momento en que tuvo la idea de volver á la casa y asaltarla, de dar golpes sobre aquella puerta cerrada, de llamar, de promover un escándalo. Humillado en su orgullo, en su fuerza, insultado, abofeteado moralmente y dominado físicamente, aquel bribón tenía conatos de venganza inmediata. Pero, á decir verdad, la aparición de Enrique le había intimidado. La policía además no estaba muy lejos. Toda aquella escena había sido tan corta, su caída tan repentina, que nadie se había apercibido desde la plaza. Nadie había visto caer á Monerol. Todavía sobrellevó aquel ultraje. Volvió á tomar su camino levantando la cabeza con orgullo, y en el contorno majestuoso de aquel granuja, que se alejaba amenazando, había algo de siniestro y resuelto que quizá hubiese asustado al mismo Enrique.

Pero Enrique no temía al tal Monerol. Lo aplastaría como á una víbora. Y después de arrojado de casa, ¿que le importaba aquel Monerol? Lo que le inquietaba era Roquevert. Enrique temía que el ligero ruido que hubiese habido en aquella breve ejecución, lo hubiese oido el enfermo—más bien el moribundo, porque la enfermedad del corazón había adquirido repentinamente un carácter funesto.—Era preciso el silencio y la tranquilidad al enfermo. Enrique fué en seguida al cuarto de su padre.

En la puerta aguardaba su madre.

Suavemente, sin decir palabra, cogió la mano de su hijo y la besó.

Enrique sintió un estremecimiento.

Luego entró solo en el cuarto de Santiago.

Aquel cuarto de cómico envejecido conservaba el aspecto de las antiguas casas de la clase media cuyos relojes parecían, después de veinte años, detenerse y marcar las horas de las antiguas modas. En aquella habitación se creía uno transportado á otra época. Cuadros de pintores, ya difuntos, representaban á Roquevert en papeles ya olvidados. Estos cuadros habían figurado en otro tiempo en los salones del Louvre, y la multitud se había detenido á contemplar á Roquevert, unas veces en traje de la Edad Media, de calzón corto y botas altas; otras con justillo de terciopelo, arrogante como un titán, destacándose de un fondo obscuro, con aspecto de aventurero de epopeya ó en traje de Dux de Venecia. Algunas telas de aquéllas, rubricadas por hombres célebres, habían envejecido más que el mismo moribundo, y, retocadas torpemente, hacían el efecto de adornos ordinarios ó de esas modas que los años hacen aparecer ridículas. Otras por el contrario, doradas por la acción del tiempo, como uvas maduras por el sol, adquirían aspecto de pinturas maestras. Había allí un lienzo de Luis Boulanger, representando á Roquevert con levita abrochada, ajustada al talle, el cabello al aire, destacándose su alta silueta sobre

un cielo tempestuoso. Aquel retrato byroniano hacía sonreir todavía á aquel viejo seco y flaco cuando pasaba por delante de él y que hoy postrado en cama por su enfermedad parecía tener menos arrugas.

Coronas de oro, puestas en cuadros, aparecían aquí y allá con sus anchas cintas de color púrpura y franjas de oro. A través del cristal que defendía aquellos vestigios de gloria contra el polvo y las moscas, se leían en letras de oro nombres de ciudades, fechas é inscripciones de elogio, en las que parecía ver arder todavía el entusiasmo de los espectadores de aquel tiempo. Aquellas coronas hablaban á Roquevert de un pasado que ya no existía. Tal se llamaba Marcella, tal otra Rouces, una Lion, aquella Amiens, esta Limoges. Una se la habían echado á Jenaro, la de aquí á Marino Faliero, la de allá á don Sebastián de Portugal, otra á Rienzi, á Miguel Angel, ó á Masaniello, porque todo esto había sido Roquevert. En sus noches animadas había vivido de la vida de aquellos grandes hombres. Durante el día era Roquevert, por la noche se transformaba. Aquellas coronas de oro, aquellas hojas de roble, aquellas cintas de seda que perdían el color, era todo lo que quedaba al antiguo actor moribundo de lo que había sido su doble vida. Desde el fondo de su cama lo miraba, como un soldado retirado, inútil y conmovido, contempla los amarillos papeles que le indican el número de sus campañas y las heridas recibidas.

Desde los últimos días de su enfermedad, podía decirse que Roquevert, acostado, vivía en cierto

modo sin separar los ojos de aquellas coronas que brillaban frente á su cama, colgadas en la pared. Por la noche, durante las largas horas de insomnio, creía, alucinado, distinguir los reflejos que despedían. Se agrandaban, brillaban, tomaban la forma de una aureola de grandes dimensiones.

Seguía contemplándolas en el momento que su hijo entraba de puntillas, suponiendo que su padre dormía.

Santiago volvió hacia él la cabeza.

—Iba á mandarte llamar, Enrique—dijo gravemente.

Enrique quedó helado.

—Sí, quiero hablarte, y hablarte seriamente. Aproxímate.

Los ojos del enfermo se clavaron en las pupilas de su hijo.

—Esto ha concluído—dijo Roquevert.—He conocido esta noche que esto se acaba y necesito tener contigo una conversación de hombre á hombre. Escúchame bien, Enrique. Lo que voy á pedirte es la súplica más encarecida que un padre—y un padre moribundo—puede hacer á su hijo. Tú habías nacido pintor y vas á perder tontamente tu vida. Tú estás pensando siempre, bien lo veo, en salir á las tablas. ¡Y bien! dímelo francamente. ¿Quieres renunciar al teatro?

Y miró al jóven, que estaba pálido y con los labios trémulos.

Enrique quiso dejar la conversación; su padre necesitaba reposo. Nada de ruído ni de palabras.

—¡Oh!—dijo Roquevert—no me fatigaré, no tengas miedo. Y además, te lo repito, es preciso que

te hable. Yo te estudio, yo trato de saber cuál es tu verdadera vocación. Tú dudas, tú buscas. Tú desconsuelas á tu madre, á esa pobre Genoveva, que seguramente es la mejor, la más honrada y—añadió el anciano con efusión profunda, mientras invenciblemente Enrique temblaba—la más amada de las mujeres..... Sí, muy amada..... Ella me ha hecho feliz, á pesar de sus devociones, pobre criatura consagrada por entero á la paz del hogar, á tí, mi buen Enrique, á tí cuando niño, y á tí cuando has sido hombre..... Yo quisiera que cuando yo desaparezca no haya para ella ninguna inquietud, ninguna lágrima..... Ninguna. ¿No es verdad, Enrique?

—Ninguna—balbuceó el hijo, cuyo corazón se desgarraba.

—Su temor—y quizá también el mío—es tu afición al teatro, que te hace abandonar la pintura y malgastar el tiempo..... Tú eres joven, pero los años pasan..... Yo me explico, por otra parte, el estado de tu espíritu..... Yo también, y todos nosotros hemos tenido crisis en que la vacilación absorbe nuestra vida. Todo artista que se pregunte se hallará, en una hora determinada de su existencia, atraído y disgustado como tú..... Pero tú no arrojarás al viento tus aptitudes, tu vida, ¿verdad que no, Enrique?

—Yo te lo juro—dijo el joven en un arranque impetuoso.—Sí, entre dos vidas que me tientan he vacilado, entre dos deberes, he dudado y aún dudo. Quisiera y tiemblo. Lo que ayer me atraía, hoy me disgusta; pero, por tu vida, sabe, mi querido padre, que yo por la mía te juro ser digno

de tí, de tu nombre, de tu afecto, de tu gloria.

—¿Mi gloria?—dijo el moribundo.—Es cosa que vale poco. ¡Es eso, mira!—y señalaba con su flaca mano las coronas marchitas!—¡Solamente eso te tienta, eso! ¡Bah, también á mí me ha halagado! La vida del teatro es una vida de loco; pero después de todo, si esta es tu vocación, sufrirás más de no poder vivir de ella, que viviendo con ella. Respóndeme, pues. Finalmente, ¿quieres renunciar á ese sueño? Reflexiona y responde—dijo Roquevert con un acento en el que la súplica de que había hablado se hacía imperativa y pesaba como una orden.

Enrique, puesto de repente enfrente de su quimera, de su tentación, de su esperanza, *el teatro*, conocía el golpe tremendo que iba á dar á aquel moribundo, y todo en él, el instinto, la ola de sangre que subía á su cerebro, le inclinaba á decir: «¡Bien! sí, renuncio»; pero otra voz le decía también que prometer de aquel modo, era mentir. La tentación del arte, la fuerza del deseo, un poder irresistible, tan enérgico como el amor, le gritaba que no debía engañar á aquel que preguntaba, pidiendo y exigiendo la verdad. Decir sí, era cruel. Decir no, hubiera sido una cobardía, porque no abdicaba en lo más mínimo de su ideal.

—El teatro ha sido tu vida, ¿no permitirás que sea también la mía?

—¡Con que es cierto!—dijo Roquevert con tristeza.—¿Esto es lo que tú quieres resueltamente? Después de tantos consejos y tantas súplicas, ¿es esto lo que deseas, Enrique?

—Te lo suplico.....

—¿Quieres ser actor?

—Pues bien, sí—contestó Enrique con firmeza.

—¿No te hace temblar esta existencia de lòco que me ha dominado durante veinte años de mi vida?

—¡No, no..... me seduce!

—¿Has consultado el fondo de tu corazón?

—Es la esperanza de toda mi juventud. Desde que te ví representar, te ví aplaudir, desde que me hiciste llorar ó temblar, tú, padre mío, yo ansío, como tú lo has hecho, tener un público pendiente de mi palabra y de mis actitudes..... ¡Yo siento ese ardor, esa fiebre, lo que tú quieras llamar! ¡Pero quiero vivir de ella! ¡Tú has tenido tu parte, yo reclamo la mía!

—Pues bien—exclamó Roquevert;—¡ya que pretendes ser cómico, sé al menos un buen actor!

Y apoyando sus manos en la cama, haciendo un violento esfuerzo, se medio incorporó y pidió unas almohadas para estar así sentado. Luego se dirigió á Enrique.

—No tengo fuerzas casi para levantarme; pero me queda todavía la fuerza necesaria para darte la lección que Roquevert debe á su hijo. Yo no he tenido discípulos. Siempre he repetido: «Preguntad á vuestro corazón; en él está el verdadero maestro.» Tú podrás decir, cuando tu padre haya muerto, que te ha legado su último aliento. ¡Abrázame!

Enrique, temblando, se abalanzó á su padre y permaneció un rato con la cabeza escondida entre las febriles manos del agonizante.

Quería impedir que Roquevert siguiese hablando y se excitase más.

¡La más ligera emoción podía acelerar su muerte!

—Yo no quiero, padre.....

—¿Tienes miedo que muera de lo que ha constituído mi vida? ¡Vamos! ¡Sería capaz de levantarme de la tumba para representar una vez más! Veamos, tú has estudiado, aprendido, observado..... De todos los papeles, ¿cuál es el que sabes?

—Yo..... el de Arnolfo—respondió Enrique embargado por una emoción terrible.

El demacrado rostro de Roquevert se animó con un raro resplandor, y con la cabeza hizo un movimiento como desafiando á alguna cosa terrible que amenazaba.

—Sé el papel—dijo el viejo actor.—Contéstame tú.

—¿Yo?—balbuceó Enrique.

—¡Eh! ¡sí, tú! Que la única lección que te haya dado Roquevert valga por lo menos tanto como todas las que puedas recibir de tus profesores.

Y Enrique, aterrado, Enrique, que momentos antes arrojaba de la casa á Monerol y ahora estaba escuchando á aquel moribundo, se preguntaba si todo aquello no era una pesadilla.

Y entonces, aquel cuerpo viejo, minado por la enfermedad, amenazado ya por la agonía, por un brusco impulso, por un esfuerzo insensato de la voluntad, encontró la última energía, un supremo vigor. La tensión de los nervios fué terrible. Roquevert se levantó de su cama, deslizó sus demacrados brazos y su tronco que aparecía por el cue-

llo abierto de la camisa, en una ancha bata, envolvió en sus pliegues las enflaquecidas piernas, cuyos huesos sobresalían cubiertos sólo por la amarillenta piel, y allí, en pie, erguido, apoyándose alguna vez en la cama, cogiéndose á un cortinaje para no caer, gesticulando, gritando, riendo, empezó á recitar el papel de Arnolfo, para detenerse pronto diciendo á su hijo, que estaba estupefacto.

—Vaya, ¿te admira que el repertorio me sea familiar? Tú me has visto trabajar sólo en el drama y te enseño la comedia. Pues qué, ¿acaso hay géneros en la vida? Sólo hay hombres y pasiones; esto es todo.

Y aquel moribundo, que alguna vez se detenía con la voz ahogada en su seca garganta, aquel anciano medio muerto, representaba, accionaba, con un poder sorprendente, la gran escena en que Arnolfo suplica á Inés, llorando, suspirando, cobarde, con el corazón desgarrado ante la implacable joven.

Todo lo olvidaba el viejo actor: su sufrimiento y su debilidad. Ya no era Roquevert. Era Arnolfo. Tenía delante de él una Inés ideal, sonriente, inflexible, y sus huesudos dedos parecían acariciar un fantasma; golpeaba con las manos su encorvado pecho, haciendo que su hijo, trastornado por el entusiasmo y el miedo al ver á aquel anciano que reía ó gemía, á aquel moribundo que á sus dolores reales añadía los imaginarios, hijos de la fantasía de un poeta, temblara, helado por el terror y mudo de admiración. Nunca el papel de Arnolfo se representó con aquel irónico sufrimiento. Las quejas de Roquevert adquirían un acento de trágica realidad, penetrante, que nadie había oído, que ninguna voz de actor había hecho vibrar todavía. Con la cara crispada y los blancos cabellos entre sus manos, decía:

¿Hasta dónde la pasión puede llegar?
¿Qué prueba de ello quieres te dé, ingrata?
¿Quieres verme llorar? ¿quieres me bata?
....
¿Quieres que me mate?.....

Era siniestro y soberbio ver á aquel moribundo hablando de matarse, á aquel enfermo gesticulando y ocultando las lágrimas delante de su hijo que lloraba. Luego, cuando el esfuerzo fué demasiado, cuando la materia torturada recobró violentamente su dominio sobre el genio de Roquevert, cuando el anciano cayó en su cama sin aliento, estertoroso, balbuceando todavía: «Así es como se debe representar; con los nervios, con el corazón, con la sangre, con su vida..... La paradoja de Diderot es una paradoja. Muere de tu arte, Enrique; muere como me habrás visto morir á mí.» Enrique permaneció en aquel sitio anonadado, queriendo descubrir en el rostro de su padre, abatido y como desmayado, la menor señal de sufrimiento, un movimiento, una contracción, llamando, esperando algún estremecimiento de dolor; ¡porque el dolor es la vida!

Roquevert había conocido perfectamente que estaba perdido. Acababa de reunir para aquella suprema lección, que él esperaba que sería inolvidable, y de gastar en algunos minutos todo lo que